

La calle

para el viernes 6 de noviembre de 2009

Diario de un espectador

Breve idilio roto

por miguel ángel granados chapa

Según el relato de su hijo Héctor, aparecido en el número de noviembre de la *Revista de la Universidad de México*, que comenzamos a compartir ayer con nuestros lectores, su madre la pianista Esperanza Cruz y su padre, el escritor José Vasconcelos se reencontraron en 1943, 19 años después de haberse conocido. En aquel momento remoto, ella era una niña, y él, fundador y primer titular de la secretaría de Educación pública. A partir del segundo encuentro se enamoraron. Pero, desgraciada y acaso previsiblemente, “la historia no tuvo un final feliz”:

“José Vasconcelos y Esperanza Cruz se casaron en diciembre de 1943, creo que, ante todo, por insistencia de mi abuela materna. Entre los testigos contaba Enrique González Martínez. Vasconcelos había propuesto un proyecto menos convencional: ‘iremos por el mundo dando conferencias y conciertos. Yo hablaré de Platón, tu tocarás la serena Kreutzer’. Pero ensayaron la convivencia doméstica, cosa para la cual los dos eran particularmente ineptos. Los estadios de sus vidas eran opuestos: él, a los sesenta y un años, buscaba la tranquilidad y la creación filosófica (por esos días había considerado seriamente y dado los primeros pasos para ingresar a la orden franciscana; ella, a los treinta y cuatro, deseaba continuar con su carrera, que en aquel momento se encontraba en su apogeo. Sobre todo, surgieron los ‘celos infernales’ a que aludió mi padre en varias ocasiones. Ella se vio espiada durante años por investigadores privados. Un vehículo la siguió secretamente por meses a todas partes; al amparo de la noche, espías ocultos de pronto se hacían visibles entre los árboles de las calles aledañas a su casa de San Ángel Inn. Él inventó un personaje ficticio —el maestro Alameda— para justificar sus celos. En el verano de 1944 se separaron con el pretexto de un desacuerdo provocado por la asistencia de ella a un concierto de Claudio Arrau en el palacio de Bellas artes. (Concierto para piano No. 1, de Brahms). En 1945 nací yo. Mi padrino bautizo fue naturalmente Luis Cabrera.

“Hacia 1950 se iniciaron trámites de divorcio. Los pormenores del tormentoso proceso ocuparon algunos titulares de los periódicos de la época, especialmente de los vespertinos como *Últimas noticias* y *La extra*. Pero, abruptamente, él dio por terminado el juicio en 1951 y ambos acordaron permanecer casados, si bien separados. Durante los años cincuenta, hicieron algunos viajes juntos, como el que emprendieron para asistir al Congreso de escritores martianos en La Habana (1953), donde se encontraron con Gabriela Mistral. Más adelante creció el distanciamiento, para convertirse ahora en indiferencia y una vaga hostilidad. Lo que resulta indudable es que esta fue la última de las legendarias pasiones vasconcelianas: Antonieta Rivas Mercado, Consuelo Sunsín Saint-Exupéry, Elena Arizmendi. A pesar de todos los trances, subsistió algún cariño que se manifestó en el último día de la vida de mi padre (30 de junio de 1959). El frenesí y la utopía amorosa se desvanecen inexorablemente”.

.Al comenzar, Vasconcelos dijo a su Esperancita querida: “Te escribo para desahogare el entusiasmo y la alegría de haberte encontrado. México entero se me aparece magnífico porque te ha producido a ti como un ángel de carne tibia y firme, de alma clara y musical. Me pasé el resto de la noche en que nos vimos adormecido de ensueños, y me he pasado el día como quien todavía no se despeja después de un vino delicioso y fuerte. Por momentos quería mandarte por teléfono un grito apasionado, pero siempre hay gente escuchando cuando se habla por teléfono y el mecanismo, por sí solo, como que apaga toda efusión. Pero en el interior de mi alma he estado gritando de júbilo porque vivía una noche..toda de luna y de ternura...”